



Educar a los hijos en el verdadero amor: los cimientos de su futura felicidad conyugal

JOSÉ MAZUELOS PÉREZ

Obispo de Canarias

Se me pide participar en este número extraordinario de la revista *Scripta Fulgentina* en reconocimiento y homenaje a la persona y a la labor sacerdotal y episcopal de D. José Manuel Lorca Planes. Pues bien, teniendo presente la figura de mi amigo José Manuel, hombre enamorado de la nueva evangelización, de la Palabra de Dios y del trabajo pastoral, he creído conveniente hacer una reflexión sobre la familia y la transmisión de la fe a los hijos acentuando la dimensión pastoral y teniendo como hilo conductor la carta encíclica del papa Francisco *Amoris laetitia*.

Como muestra el título de mi conferencia oscilamos entre dos polos. Educar en el verdadero amor y con esto nos referimos a educar en la fe lo que se convierte a su vez en una preparación remota al matrimonio.

La educación en la fe ha sido siempre de gran importancia en la vida de la familia cristiana. De hecho, es algo que viene expresado en la liturgia del matrimonio donde se pregunta expresamente a los cónyuges su disponibilidad a recibir de Dios «*responsable y amorosamente los hijos, y a educarlos según la ley de Cristo y de su Iglesia*». Ahora bien, si durante siglos la fe se ha ido pasando pacíficamente de padres a hijos ahora ese proceso se ha alterado y tenemos que reconocer que la familia, como medio efectivo de transmisión de la fe, en pocos años ha sufrido un retroceso notable en esta misión tan esencial. Esta es una de las novedades más graves y más preocupantes de la situación de la Iglesia en la Europa actual.

Podemos decir que la familia ya no es el lugar sereno de irradiación de una fe vivida y confesada espontáneamente, sino que tiene que afrontar por un lado, la increencia dominante en la sociedad actual y, por otro, la omnipresencia de los medios de comunicación social en la intimidad del hogar, que produce en ella sentimientos de impotencia y de frustración. No son pocos los altavoces y los mensajes de contenido anticristiano e incluso blasfemo que martillean las mentes y los corazones de nuestros niños y de nuestros jóvenes. Con no poca frecuencia los medios de comunicación proponen sus conductas como si fueran un ejemplo a seguir, haciéndolas pasar por «modernas» o por más «humanas» y «tolerantes». Es esto lo que afirma el papa Francisco en el capítulo VII de *Amoris laetitia*, que habla de la educación a los hijos invitando a preguntarse «*quiénes se ocupan de darles diversión*», *quiénes «entran en sus habitaciones a través de las pantallas», a quiénes los confiamos «en su tiempo libre»*. Siempre hay que vigilar.

Todo ello conlleva que muchos padres se sientan incapaces de educar cristianamente a sus hijos. Pues bien, intentaré con esta reflexión animar esa misión insustituible que toda familia cristiana tiene en la transmisión de la fe a las nuevas generaciones.

1. DIAGNÓSTICO DE LA SITUACIÓN. SER CRISTIANO EN UNA SOCIEDAD PAGANA

La situación que vivimos es realmente muy nueva. No podemos seguir suponiendo que la experiencia cristiana se vive y se transmite hoy exactamente igual que ayer, y que los problemas de la educación en la fe se deben solo a la tibieza o a las culpas de los padres o de los educadores. Tibieza y culpas ha habido siempre. Sin embargo, aun con defectos y pecados, en tiempos no demasiado lejanos la fe se transmitía de una generación a otra con cierta naturalidad. Hoy día, en cambio, la transmisión generacional de la fe se ha interrumpido o está en peligro no en una ni en dos familias, sino en muchas.

No podemos ni queremos resignarnos ante esta situación. Hemos de tomar conciencia de lo que sucede, con valentía, con realismo y con esperanza. Es necesario trabajar para que las cosas cambien. Es el bien de nuestros hijos y el futuro de nuestra sociedad lo que está en juego. Pero hay que acertar con el diagnóstico de lo que sucede y de lo que va mal.

Siendo conscientes de que es imposible y no es misión nuestra hacer un análisis detallado de la sociedad sí podemos, siguiendo al papa Francisco, delimitar el boceto antropológico que se va imponiendo y que como veremos afecta a la educación de los hijos.

Hoy descubrimos que se va imponiendo como modelo de hombre lo que podemos llamar una antropología tecnolíquida. Dicha antropología tiene como

fundamento el cerrar la puerta de la trascendencia, sumergiéndolo en el mundo de las ideologías e introduciéndolo en la cárcel del individualismo.

Se fundamenta en una visión empírica de la realidad y en una antropología atea, que no solo niega a Dios creador, sino que además reivindica la negación de Dios como algo imprescindible para que el hombre pueda realizarse y alcanzar la plenitud; o, en otras palabras, considera que el progreso como movimiento irrenunciable e inevitable consiste en ir afirmando lo humano a costa de eliminar a Dios y su supremacía sobre todo lo que existe.

Sin Dios y apoyado en el relativismo, que niega la existencia de la verdad, el ser humano no es nada previamente dado, sino lo que cada uno decide ser libremente. No tiene naturaleza ni esencia. Estas se van labrando al filo de sus actos libres y, por consiguiente, son posteriores al hecho de existir. Son una consecuencia. Por eso el hombre es todo él elección radical y necesaria. Y si el hombre es libertad radical, debe entenderse como proyecto de sí mismo, en el sentido de que construye su ser siguiendo el camino libremente elegido por él.

Podemos hablar entonces de un concepto perverso de libertad. No nos estamos refiriendo solo a un error antropológico, sino a una forma de entender la existencia humana con unas consecuencias profundamente negativas en la vida personal y social¹.

Todo esto da lugar a una antropología individualista y subjetivista en la que el ser humano existe para sí mismo, busca siempre y en todo lugar nada más que su propia felicidad. El ser humano viene ideado como un individuo que tiene como centro el cuerpo, concebido como fuente del deseo, de las pulsiones y, sobre todo, como templo del placer.

El matrimonio es considerado como mero contrato. Se trataría de un simple intercambio de bienes y servicios entre los cónyuges y se diferenciaría de otros contratos por el hecho de implicar una cohabitación o convivencia de índole sexual.

Dado que –según esta visión– el matrimonio es un mero contrato, cuyas cláusulas no provienen de la naturaleza humana ni de un orden moral objetivo, sino de la voluntad de las partes contratantes, en el contexto de un consenso social mayoritario que la condiciona en parte, no se ve por qué (siempre y cuando se lograra ese consenso) el contrato matrimonial debería ser solo entre un hombre y una mujer, y no, por ejemplo, entre dos hombres o dos mujeres. Como afirma *Evangelii Gadium*, «El matrimonio tiende a ser visto como una mera forma de gratificación afectiva que puede constituirse de cualquier manera y modificarse de acuerdo con la sensibilidad de cada uno» (EG 66).

1 CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, Instrucción Pastoral *La Familia, santuario de la vida y esperanza de la sociedad*, 2001, n. 21.

En esta visión del matrimonio tampoco hay lugar para la indisolubilidad matrimonial. Al ser el matrimonio un mero contrato, parece normal que ese contrato pueda ser disuelto bajo ciertas condiciones, por ejemplo, por mutuo acuerdo de las partes. Más aún, el individualismo radical implica en último término la posibilidad de disolver el matrimonio por la sola voluntad de una cualquiera de ambas partes. Se produce así una banalización o trivialización del matrimonio, que termina siendo a menudo un contrato menos serio y exigente que el contrato con una empresa de telefonía móvil o de televisión por cable². Igualmente, el carácter subjetivista de esta visión del matrimonio hace que tampoco la generación y educación de los hijos sea un fin esencial del pacto matrimonial.

Esta antropología que se va imponiendo es un gran obstáculo en la obra educativa de la familia en la actualidad, ya que es muy difícil una auténtica educación en un horizonte en el que se apaga la luz de la verdad.

2. LA FAMILIA CRISTIANA ESCUELA DE HUMANIDAD Y DE FE

Hecho el diagnóstico pasaremos a abordar cómo poder hablar de educación en la fe en este marco antropológico. Y para ello nada mejor que definir en primer lugar qué es educar en la fe para posteriormente plantear cómo podemos hoy educar en la fe.

2.1. *Educar en la fe*

Educar a una persona es introducirla en la realidad. Hacer que el motor de la persona no sea el placer o el simplemente estar bien, sino el saber vivir la realidad, que no es otra cosa que vivir en la verdad de su ser persona humana. Es decir, el ser humano se encuentra ante una realidad enigmática y tiene necesidad de ser ayudado para interpretarla (problema de la verdad), a su vez la persona humana tiene necesidad de corresponder a la realidad de un modo adecuado, tiene necesidad de ser educado para hacer un ejercicio bueno de su libertad (problema del bien).

Por otra parte, la fe es un encuentro con la persona de Jesús en su Iglesia. Es ese encuentro el que cambia la vida en cuanto pone dentro de nuestra existencia una presencia, la presencia de Cristo que es luz y vida. Es luz porque responde a todas nuestras demandas sobre la realidad, es la clave interpretativa

² Cf. D. IGLESIAS, *Dos antropologías en conflicto*, en <https://www.infocatolica.com/> Dic 2010.

de todas las experiencias (respuesta al problema de la verdad). Es vida pues se convierte en Aquel que inspira y genera las elecciones de nuestra libertad (problema del bien).

Educamos en la fe cuando hacemos posible un encuentro con Cristo de tal forma que su presencia se convierta en la clave interpretativa de la vida (la verdad es Cristo) y la inspiración de todas nuestras elecciones (el bien es Cristo). Hay como dos momentos. En el primero, la persona es llevada al encuentro con Cristo y en el segundo, la persona es guiada a entender su vida a la luz de Cristo y a vivirla en Él y como Él.

Ante esto podemos decir que educar en la fe tiene como dos tiempos. Un primer tiempo que podríamos llamar el reto antropológico o descubrir la verdad de nuestro ser persona humana a la luz de Cristo y un segundo tiempo el reto eclesial o el descubrimiento del camino a seguir en nuestro existir como hijos en el Hijo. Pasaremos a analizar dichos tiempos.

2.2. *La familia, escuela de humanidad*

Lo que podemos llamar el tiempo antropológico descubrimos que en la familia cristiana se origina de forma osmótica. La familia transmite la fe en primer lugar enseñando lo humano, es decir, la familia educa conviviendo, mediante una vida de intensa relación interpersonal. La familia, como afirmaba san Juan Pablo II, es *«la primera y fundamental estructura a favor de la ecología humana en cuyo seno el hombre recibe las primeras y determinantes nociones sobre la verdad y el bien, aprende qué quiere decir amar y ser amado y, por tanto, qué quiere decir en concreto ser una persona humana»*³. En este mismo sentido Francisco, teniendo presente la importancia de la familia afirma, en *Amoris laetitia*, que *«el bien de la familia es decisivo para el futuro del mundo y de la Iglesia»* (n. 31),

Y la trasmisión de la humanidad pasa hoy por la ineludible tarea de transmitir a sus hijos la verdad del hombre. Como ya ocurrió en los primeros siglos, hoy es de capital importancia conocer y comprender la primera página del Génesis: existe un Dios personal y bueno, que ha creado al hombre y a la mujer con igual dignidad, pero distintos y complementarios entre sí, y les ha dado la misión de engendrar hijos, mediante la unión indisoluble de ambos en una sola carne (matrimonio).

Y es precisamente esa página del génesis la que fundamenta la tarea educativa de la familia que tiene sus raíces en la participación en la obra creadora

3 JUAN PABLO II, encíclica *Centesimus Annus*, n. 39.

de Dios, convirtiéndose así en la primera escuela de las virtudes sociales y del más rico humanismo, que todas las sociedades necesitan. Y, como recoge el documento *«El Dios fiel mantiene su alianza»*, el gran curso de humanismo viene impartido por el matrimonio cristiano donde los esposos con sus vidas transmiten las siguientes lecciones sobre la verdad de la persona humana:

1. Dios ha diseñado su proyecto en la naturaleza misma de la persona. El plan de Dios ha quedado grabado en la creación del hombre y la mujer. Dios escribió su lenguaje en el cuerpo humano. Es decir, la persona humana está hecha de tal modo que el matrimonio y la familia son uno de los lugares fundamentales en los cuales se revela y se realiza. El matrimonio y la familia manifiestan a la persona humana en su más íntima verdad. La masculinidad y la femineidad califican a la persona, es una cualidad de la persona humana y no solo del propio cuerpo. Es el modo de ser originario de la persona. Hombre y mujer tienen necesidad el uno del otro para desarrollar la propia humanidad, es en la relación recíproca donde ambos se vuelven conscientes de que la plenitud puede ser alcanzada solo entregándose desinteresadamente al otro.
2. La persona humana existe como varón y mujer, lo que por un lado significa que fue creado para vivir en comunidad: «no es bueno que el hombre esté solo» son palabras de Dios en el libro del Génesis (cf. Gn 1, 27; 2, 18) y por otro lado, esa relación mutua con el otro yo, con el diferente –como nos recordaba Benedicto XVI a la luz de la contemplación de las pinturas de Miguel Ángel de la Capilla Sixtina–, es una relación de amor y fascinación; la sexualidad está diseñada como vínculo de atracción que brota de la grandeza de ese horizonte que se abre ante la belleza integral del otro, del universo de la otra persona. Y del «nosotros» que nace de la unión, de la promesa de comunión que allí se esconde, de fecundidad nueva, parte un camino que conduce a Dios, fuente del amor. De hecho, la diversidad sexual conlleva la complementariedad, que afirma: «No me basto a mí mismo, tengo necesidad de ti». A su vez, «Abrirse al otro sexo es el primer paso para abrirse al otro, al diferente, que es el prójimo, hasta el Otro, con mayúsculas, que es Dios» y aquí radica la dimensión trascendente de la persona y del amor humano⁴.
3. Nadie existe a partir de sí mismo. La mirada al origen nos pone delante el nacimiento, que nos habla en último término de la imposibilidad no solo de autoprocrearse, sino de existir aislado de los demás. Por tanto, es

4 R. CANTALAMESSA, *Las relaciones y los valores familiares según la Biblia*, Congreso Teológico-Pastoral de preparación al VI Encuentro Mundial de las Familias Ciudad de México, 14 de enero de 2009. <http://www.zenit.org/article-29785?l=spanish>.

evidente que el «yo» no existe sin relaciones. Toda persona es un yo en relación. Es a partir de esta dimensión relacional del ser humano como se documenta la dinámica de la verdad, del bien y de la belleza en la familia humana, como escuela de amor solidario para el hombre desde el principio. Desde mi punto de vista, este hecho es irreplicable.

4. La persona es, sin duda, capaz de un tipo de amor superior: no el de concupiscencia, que solo ve objetos con los cuales satisfacer sus propios apetitos, sino el de amistad y entrega, capaz de conocer y amar a las personas por sí mismas. Un amor capaz de generosidad, a semejanza del amor de Dios: se ama al otro porque se le reconoce como digno de ser amado. Un amor que genera la comunión entre personas, ya que cada uno considera el bien del otro como propio. Es el don de sí hecho a quien se ama, en lo que se descubre y se actualiza la propia bondad, mediante la comunión de personas y donde se aprende el valor de amar y ser amado⁵.

Por tanto, el matrimonio cristiano es de por sí un antídoto a la cultura relativista dominante. Así, frente a la secularización afirmará que el matrimonio y la familia son obras de Dios. Es una apertura plena a Dios. No es posible construir la familia cristiana en un marco ateo-materialista, sino que es necesario introducir el matrimonio y la familia en el horizonte de Dios.

Por otra parte, frente al individualismo y el subjetivismo en donde el hombre es puro individuo, que se sirve de los demás para satisfacer sus necesidades, afectivas o del tipo que sea, el matrimonio cristiano afirmará la verdad relacional inscrita en la naturaleza humana y su intrínseca dimensión comunitaria.

En efecto, el amor –que es el alma de la familia en todas sus dimensiones– solo es posible si hay entrega sincera de sí mismo a los demás. Amar significa dar y recibir lo que no se puede comprar ni vender sino solo regalar libre y recíprocamente. Gracias al amor, cada miembro de la familia es reconocido, aceptado y respetado en su dignidad. Del amor nacen relaciones vividas como entrega gratuita, y surgen relaciones desinteresadas y de solidaridad profunda. Como demuestra la experiencia, la familia construye cada día una red de relaciones interpersonales y educa para vivir en sociedad en un clima de respeto, justicia y verdadero diálogo. Por tanto, la familia es la mejor escuela para crear relaciones comunitarias y fraternas, frente a las actuales tendencias individualistas⁶.

5 CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *El Dios fiel mantiene su alianza*, Madrid: EDICE, 2023, 25-26.

6 Serán los capítulos del 3 al 5 de *Amoris laetitia* los que desarrollan esta enseñanza. Alzando la mirada a Cristo, en el capítulo tercero, el Santo Padre abre una especie de himno, lleno de asombro y gratitud, sobre la belleza del matrimonio y la familia.

2.3. La familia, puerta a la fe de la Iglesia

Hemos visto que educar es introducir al hijo en la realidad y educar en la fe es introducirlo en que sea la luz de Cristo quien ilumine, configure e inspire la confrontación con la realidad. Es decir, hay que llevar al niño a descubrir a Dios, a conocer a Dios, a amar a Dios y a necesitar de Dios.

Haciendo una analogía entre la educación en la fe y la imagen de un árbol, podemos decir que la escuela de humanidad y el primer contacto con las oraciones y la Iglesia constituyen las raíces. Es esto lo que recoge la nota de los obispos españoles con motivo de la Jornada de la Sagrada Familia del año 2012, donde afirman:

La familia es el ámbito natural donde es acogida la fe y la que va a contribuir de una manera muy especial a su crecimiento y desarrollo. En ella se dan los primeros pasos de la educación temprana de la fe y los hijos aprenden las primeras oraciones, como el avemaría, el «Jesusito de mi vida», el «*Ángel de mi guarda*» y el padrenuestro.

El problema se plantea a la hora de abordar el tronco y las ramas, es decir, la educación en la fe en la adolescencia y juventud donde nos enfrentamos al reto de hacer participar al hijo en la vida social y eclesial. Hay que posibilitar el encuentro con Cristo. Y es ese reto el que vamos a abordar a continuación. Para ello es necesario lo siguiente:

El capítulo cuarto es un ejemplo de educación en el amor a partir del himno a la caridad del apóstol Pablo. Considero que será paradigmático para la educación afectiva de los niños y jóvenes, así como una utilísima profundización y un vademécum para los esposos de cualquier edad. En 75 puntos (89-164) el Papa entra en la complicada realidad del amor en los diversos aspectos y estados de vida, desde el matrimonio a la virginidad, deteniéndose, entre otros, en un tema muy querido para él, el de la ternura: en la sociedad de consumo «todo existe para ser comprado, poseído y consumado: incluso las personas. La ternura, en cambio, es una manifestación de ese amor que se libera del deseo de la posesión egoísta» (n. 127).

El capítulo quinto está dedicado al amor fecundo, con aspectos emocionantes a la espera típica del embarazo, al «valor inmenso» (n. 170) del «embrión desde el instante en que es concebido» (n. 168). Defiende de modo neto el derecho de todo niño «de recibir el amor de una madre y de un padre, ambos necesarios para su madurez íntegra y armoniosa» (n. 172), y exalta el papel de las madres como «el antídoto más fuerte ante la difusión del individualismo egoísta. Son ellas quienes dan testimonio de la belleza de la vida» (n. 174).

Para conocer a alguien es necesario poder comunicarse con Él, escucharlo. Y es este el gran problema que se plantea en un mundo gobernado por el relativismo, de ahí que para abrir el camino de la fe lo primero que hay que hacer es liberar al adolescente de la dictadura del subjetivismo y la espontaneidad, que le impide entrar en la realidad, incluso en la realidad del universo de la fe. Y para ello hay que enseñarle a escuchar la voz de Dios que resuena en y desde la realidad misma. Siguiendo a Benedicto XVI⁷, podemos establecer tres pasos en ese aprendizaje.

1. El primero consistiría en sensibilizar al joven de que en la profundidad de nuestro ser no solo podemos escuchar las necesidades del momento, las cosas materiales, sino también la voz del Creador mismo; así se conoce lo que es el bien y lo que es el mal. Pero, naturalmente, esta capacidad de escucha debe ser educada y desarrollada. Y precisamente esto es el compromiso del anuncio que nosotros hacemos en la Iglesia: desarrollar esta importantísima capacidad, dada por Dios al hombre, de escuchar la voz de la verdad y así la voz de los valores. Por consiguiente, un primer paso consiste en hacer que las personas perciban que nuestra misma naturaleza lleva en sí un mensaje moral, un mensaje divino, que debe ser descifrado y que nosotros poco a poco podemos conocer y escuchar mejor si desarrollamos en nosotros una escucha interior.

Ahora bien, el problema concreto consiste en cómo educar para la escucha, en cómo lograr que el hombre sea capaz de escuchar, a pesar de todas las sorderas modernas, en cómo hacer que se vuelva a escuchar, en cómo conseguir que se haga realidad el éffeta del bautismo, la apertura de los sentidos interiores.

2. El segundo paso sería escuchar la voz de la tierra y de la vida humana. A este respecto dirá el Papa:

Hoy todos vemos que el hombre podría destruir el fundamento de su existencia, su tierra, y, por tanto, que ya no podemos hacer con nuestra tierra, con la realidad que nos ha sido encomendada, lo que queramos y lo que en cada momento parezca útil o conveniente; si queremos sobrevivir, debemos respetar las leyes interiores de la creación, de esta tierra, aprender estas leyes y obedecer también a estas leyes.

7 Diálogo del Papa con los sacerdotes de las diócesis italianas de Belluno-Feltre y Treviso en Auronzo di Cadore. 24 de julio 2007.

Así pues, esta obediencia a la voz de la tierra, del ser, es más importante para nuestra felicidad futura que las voces y los deseos del momento. En otras palabras, este es un primer criterio que conviene aprender: el ser mismo, nuestra tierra, habla con nosotros y nosotros debemos escuchar si queremos sobrevivir y descifrar este mensaje de la tierra. Y si debemos ser obedientes a la voz de la tierra, esto vale aún más para la voz de la vida humana. No solo debemos cuidar la tierra; también debemos respetar al otro, a los otros: al otro en su singularidad como persona, como mi prójimo, y a los otros como comunidad que vive en el mundo y en la que debemos vivir juntos. Y vemos que solo podemos ir adelante si guardamos un respeto absoluto a esta criatura de Dios, a esta imagen de Dios que es el hombre, solo si respetamos la convivencia en la tierra.

Por tanto, un primer criterio que se debe enseñar es que por encima de las voces y de los deseos del momento hay que ser obedientes a la voz de la tierra, esto es aún más cierto para la voz de la vida humana. Y el gran impacto con la realidad se realiza cuando se enfrenta uno con el sufrimiento. De ahí que la mejor pedagogía para enseñar esto es facilitar al adolescente el encuentro con el mundo del sufrimiento, esto es la visita a los enfermos, a las personas sin hogar, la cercanía a los más pobres, y todo ello de la mano de sus padres o al menos de sus educadores, pero sin moralismo y sin querer imponer una carga de compromiso, sino como una catequesis experiencial que muestre la realidad de la vida humana y pueda así atravesar la puerta hacia la realidad.

3. El tercer paso, una vez liberado el adolescente de su narcisismo y en actitud de escucha, hay que facilitar el encuentro con Cristo.

Transmitir la fe no ha de ser mal entendido como si se tratara solamente de pasar conocimientos, tradiciones, normas de vida... Creer es posibilitar –en el caso de la fe– el encuentro real con Jesucristo, iniciar una relación personal con Él.

En el corazón del anuncio está Jesucristo, en el cual se cree y del cual se da testimonio. Transmitir la fe significa esencialmente transmitir las Escrituras, principalmente el Evangelio, que permiten conocer a Jesús, el Señor⁸.

El conocimiento de Jesucristo nace y crece, sobre todo, mediante el encuentro con su Palabra en la escucha y lectura del Evangelio, la participación en la vida sacramental, sobre todo en la Eucaristía, el trato

8 SÍNODO DE LOS OBISPOS, La nueva evangelización para la transmisión de la fe. Lineamenta 2.

en la oración personal y comunitaria, y el servicio y preocupación por los pobres y necesitados. Este conocimiento lleva al amor a su Persona y a practicar el mandamiento del amor al prójimo, que Él nos dio como distintivo y que es el comienzo de toda imitación de su vida.

Por tanto, la lectura de la Palabra de Dios y el Evangelio en familia, la participación, como familia, en la Eucaristía dominical, la oración en común y las obras de caridad tienen un lugar preponderante en el hogar cristiano. Estas manifestaciones son parte esencial de la catequesis familiar.

– *Una fe eclesial*

Abierto el oído, el siguiente paso en la educación es introducirlo en la fe de la Iglesia, evitando en primer lugar el cristianismo a la carta exponiendo la integridad de la doctrina y en segundo lugar mostrándole su pertenencia a un pueblo que vive del encuentro con el Resucitado. Es aquí donde podemos hablar de pacto educativo familia-Iglesia o el paso de la Iglesia doméstica a la Iglesia local y universal. Y este pacto educativo se concretiza en la introducción en la vida sacramental. Es muy importante que el adolescente adquiera la conciencia de pertenecer a un pueblo, el pueblo cristiano, que tiene una historia que le precede, le supera y le enseña a vivir su fe.

Es muy conveniente darles la oportuna y adecuada explicación y así ayudar a la catequesis preparatoria de cada sacramento. De esta forma, cada uno de los hijos irá entendiendo e incorporando a sus vidas la diferencia y riqueza de la gracia significada y realizada por cada uno de los sacramentos. Los sacramentos son las obras maestras de Dios, pues en ellos se hacen presentes y operativos los grandes acontecimientos salvíficos, muy singularmente el de la Pascua de Cristo, por el que fuimos reconciliados con Dios y participamos en su misma vida divina.

En virtud de la mediación de la Iglesia, la gracia salvadora de los siete sacramentos sale a nuestro encuentro a lo largo de nuestra vida: por el Bautismo nos regenera como hijos de Dios y nos introduce en su familia; con la Confirmación, acrecienta nuestra inserción en Cristo y en la Iglesia; mediante la Eucaristía lleva a plenitud nuestra incorporación a Cristo y nuestra pertenencia a la Iglesia; con la Penitencia repara las heridas y restaura la comunión rota por el pecado; con la Unción viene en nuestra ayuda para que vivamos con Cristo la enfermedad y demos sentido corredentor a nuestro sufrimiento; por el Matrimonio santifica el amor humano entre hombre y mujer haciéndolos signo visible de la unión de Cristo y la Iglesia; y con el sacramento del Orden consagra a los sacerdotes como ministros de Cristo y los habilita para predicar, santificar y regir al pueblo de Dios.

3. PAUTAS PASTORALES

3.1. Algunas actitudes a tener en cuenta

– *Nada de complejos*

Creo que este es el gran enemigo de la educación en la fe. Y lo primero a decir que teniendo en cuenta que educar en la fe no es instruir o dar lecciones, sino enseñar a vivir y a afrontar la realidad desde y en Cristo, la familia cristiana en sí misma ya está educando. Es esto lo que afirmaba san Juan Pablo II:

También la familia cristiana, en cuanto «Iglesia doméstica» constituye la escuela primigenia y fundamental para la formación en la fe. El padre y la madre reciben en el sacramento del matrimonio la gracia y la responsabilidad de la educación cristiana en relación con los hijos a los que testifican y transmiten a la vez los valores humanos y religiosos. La misma vida cotidiana de una familia auténticamente cristiana constituye la primera «experiencia de Iglesia», destinada a ser corroborada y desarrollada en la gradual inserción activa y responsable de los hijos en la amplia comunidad eclesial y en la sociedad civil. Cuanto más crezca en los esposos y padres cristianos la conciencia de que su «iglesia doméstica» es partícipe de la vida y de la misión de la Iglesia universal, tanto más podrán ser formados los hijos en el «sentido de la Iglesia» y sentirán toda la belleza de dedicar sus energías al servicio del Reino de Dios⁹.

– *Nada de culpabilidad*

Tú, siembra y descansa en el Señor. Benedicto XVI recomienda a padres y educadores:

Seguid, por tanto, sin dejaros desalentar por las dificultades que encontráis. La relación educativa es, por su misma naturaleza, algo delicado: implica la libertad del otro que, aunque sea con dulzura, de todos modos es provocada a tomar una decisión. Ni los padres, ni los sacerdotes, ni los catequistas, ni los demás educadores pueden sustituir a la libertad del niño, del muchacho, o del joven al que se dirigen. Y la propuesta cristiana interpela especialmente a fondo la libertad, llamándola a la fe y a la conversión¹⁰.

9 JUAN PABLO II, *Chistifideles laici*, 62.

10 BENEDICTO XVI, Discurso a un congreso de la diócesis de Roma sobre Familia y comunidad cristiana: formación de la persona y transmisión de la fe.

– *Vivir con alegría*

La tarea de transmitir la fe a los hijos no es para los padres auténticamente cristianos una carga pesada, sino una tarea gozosa y gratificante¹¹. Si resulta maravillosa la experiencia misteriosa de engendrar una nueva vida, es todavía mayor alegría y satisfacción poner, en lo más profundo del corazón del hijo, los más sólidos fundamentos para que pueda ser feliz y alcanzar la plenitud humana, sea lo que sea lo que le depara la vida que acaba de estrenar. Con su hijo pueden compartir la ternura, la fortaleza y la paz del amor de Dios que ellos mismos experimentan cada día. La misión de transmisores y educadores en la fe se convierte, entonces, en el ejercicio más alegre, amoroso y apasionante de su condición de padres.

3.2. *Pautas pastorales concretas*

La fe no se trasmite principalmente mediante técnicas, estrategias y planificaciones. La figura del testigo es central en la obra educativa, y especialmente en la educación en la fe. Los auténticos testigos de la fe cristiana muestran que hay un estilo alternativo de vida. No es obligatorio vivir según los mandamientos de la sociedad laicista. Y este testimonio se comienza a dar con el hecho de luchar y de vivir el matrimonio cristiano, convirtiéndose la familia, como afirma Francisco, «en la sede de la catequesis de los hijos y en el lugar donde los padres se convierten en los primeros maestros de la fe para sus hijos» (n. 16).

A luz del capítulo 7 de *Amoris laetitia*, podemos esbozar algunas pautas concretas para la educación en el verdadero amor:

1. Educar en la fe a nuestros hijos es una labor que implica una formación de los padres para después poderla transmitir a los hijos. No se puede dar lo que no se tiene, y no se puede amar a quien no se conoce. Formar y cultivar la fe implica acercarse como padres de familia a actividades de la comunidad religiosa.
2. Es fundamental que como padres fomenten que los hijos se vinculen a actividades espirituales de la parroquia. Mostrar cada ruta sencilla de oración, ayudando a todos a rezar. Hay que tener claro que los hijos muchas veces no escuchan a los padres, pero sí observan continuamente a los mismos. Podría, por ejemplo, ayudarles la lectura de grandes auto-

11 Cf. CARTA PASTORAL DE LOS OBISPOS DE LAS ISLAS BALEARES Y PITIUSAS, *La familia, transmisora y educadora de la fe. Pautas de educación cristiana para las familias ante el nuevo milenio*, mayo 2000, 65-66.

res, especialmente a través del encuentro con los grandes testigos, de los cuales a nuestra Iglesia no le faltan.

3. Los padres deben procurar ambientes en donde la presencia y el amor de Dios que se trata de inculcar sean apoyados y reforzados. El Papa señala que *«tampoco es bueno que los padres se conviertan en seres omnipotentes para sus hijos, que sólo puedan confiar en ellos, porque así impiden un adecuado proceso de socialización y de maduración afectiva»*. Pero *«para hacer efectiva esa prolongación de la paternidad en una realidad más amplia, “las comunidades cristianas están llamadas a ofrecer su apoyo a la misión educativa de las familias”, de manera particular a través de la catequesis de iniciación. Para favorecer una educación integral necesitamos “reavivar la alianza entre la familia y la comunidad cristiana”»* (AL 279).
4. Es muy importante la comunicación abierta y sincera en la familia. La discusión sobre películas vistas, comentar lo que se escucha en la radio y la televisión. Hay que crear un clima de confianza en las que se pueda hablar y expresar todas las dudas e ideas en familia, sobre todo el tema de Dios no puede ser un motivo de enojos. Los medios electrónicos a veces alejan en lugar de acercar, como cuando en la hora de la comida cada uno está concentrado en su teléfono móvil, o como cuando uno de los cónyuges se queda dormido esperando al otro, que pasa horas entretenido con algún dispositivo electrónico. No hay que ignorar *«los riesgos de las nuevas formas de comunicación para los niños y adolescentes, que a veces los convierten en abúlicos, desconectados del mundo real. Este “autismo tecnológico” los expone más fácilmente a los manejos de quienes buscan entrar en su intimidad con intereses egoístas»* (AL 279).
5. En el mundo de hoy, *«en el que reinan la ansiedad y la prisa tecnológica, una tarea importantísima de las familias es educar para la capacidad de esperar. No se trata de prohibir a los chicos que jueguen con los dispositivos electrónicos, sino de encontrar la forma de generar en ellos la capacidad de diferenciar las diversas lógicas y de no aplicar la velocidad digital a todos los ámbitos de la vida»* (AL 275).
6. Hay que formar la conciencia. Hay que enseñar a nuestros hijos a reflexionar, a distinguir lo que está bien y lo que está mal, lo que es agradable a Dios y lo que no. Hay que enseñar a los hijos a entender que todos los actos que realizamos en la vida tienen consecuencias, algunas veces positivas y otras negativas.
7. La necesidad de luchar por una alianza educativa entre la familia-escuela-parroquia, ya que se ha abierto una brecha entre la familia y la sociedad,

entre la familia y la escuela, el pacto educativo hoy se ha roto; y así, la alianza educativa de la sociedad con la familia ha entrado en crisis ¹². Es muy importante el pacto educativo con la Iglesia en el campo afectivo sexual. Hay que recurrir a la parroquia y a los colegios para favorecer una educación afectivo sexual que se corresponda con la verdad del amor humano y la realidad de la persona¹³.

8. Participación en la piedad popular. Aunque la liturgia es la cumbre a la que tiende toda la actividad de la Iglesia y la fuente de donde mana toda su fuerza, no agota toda su actividad ni la vida espiritual de los fieles. Por eso, la Iglesia, además de la participación en la liturgia, fomenta y recomienda celebraciones y ciertos ejercicios de piedad popular.

La experiencia secular de la Iglesia atestigua que este tipo de piedad ha producido abundantes frutos de vida cristiana en las familias y en los pueblos.

La familia cristiana ha estado muy vinculada con estas manifestaciones de piedad, especialmente con las peregrinaciones y romerías a los santuarios marianos, algunos de los cuales son mundialmente famosos; y ha transmitido estas costumbres de padres a hijos. Todavía hoy no son pocas las familias cristianas que acuden con sus hijos a los santuarios de la Virgen y allí, además de realizar sus devociones, reciben los sacramentos de la Penitencia y Eucaristía. Por tanto, apoyada por esta experiencia y la luz del Espíritu Santo, la Iglesia cree que esta piedad puede seguir prestando grandes servicios a una fe verdaderamente inculturada, según la diversidad de los pueblos y continentes.

9. Espiritualidad cotidiana. Junto a estas manifestaciones religiosas de la piedad popular, existen otras más cotidianas, como la bendición de la mesa en las comidas, el rezo del santo rosario en familia, la bendición de las casas o de los vehículos, la romería al santuario de la Patrona, la petición de la lluvia o la protección frente a las calamidades públicas, etc. que ayudan a hacer crecer y a alimentar la dimensión espiritual de la persona que favorece a su vez una disposición a acoger a Dios en la vida. *«Es fundamental que los hijos vean de una manera concreta que para sus padres la oración es realmente importante. Por eso los momentos de oración en familia y las expresiones de la piedad popular pueden tener mayor fuerza evangelizadora que todas las catequesis y que todos los discursos. Quiero expresar especialmente mi gratitud a todas las madres*

12 Cf. *Amoris laetitia*, 298-300.

13 Cf. *Amoris laetitia*, 280-283.

que oran incesantemente, como lo hacía santa Mónica, por los hijos que se han alejado de Cristo» (AL 288).

10. El desafío del acompañamiento pastoral a los hijos de familias heridas. Todos tenemos experiencia de la cantidad de niños que proceden de familias heridas. Para mí, el punto número 246 es de gran importancia. El Papa dice: *«La Iglesia (...) no puede dejar de ser voz de los más frágiles, que son los hijos que sufren, muchas veces en silencio. Hoy (...) me pregunto si no nos hemos anestesiado también respecto a las heridas del alma de los niños. ¿Sentimos el peso de la montaña que aplasta el alma de un niño, en las familias donde se trata mal y se hace el mal, hasta romper el vínculo de la fidelidad conyugal? Estas malas experiencias no ayudan a que esos niños maduren para ser capaces de compromisos definitivos. Por esto, las comunidades cristianas no deben dejar solos a los padres divorciados en nueva unión. Al contrario, deben incluirlos y acompañarlos en su función educativa (...). Se debe obrar de tal forma que no se sumen otros pesos además de que los hijos, en estas situaciones difíciles, ya tienen que cargar. Ayudar a sanar las heridas de los padres y ayudarlos espiritualmente, es un bien también para los hijos» (AL 246).*

Por último, es necesario recordar como afirma el papa Francisco, el papel del sacerdote en toda esa misión de la familia y el reto que como Iglesia tenemos en ella. Nosotros, como sacerdotes, también tenemos una responsabilidad educativa. El Papa habla muchas veces de la familia grande (cf. AL 187, 196, 197) y de la paternidad en una realidad más amplia –ya que los padres no son omnipotentes– (cf. AL 279). Nosotros necesitamos colaborar, en estos casos de sufrimiento, con nuestra misión sacerdotal. De hecho, se dice que *«nuestra sociedad es una sociedad sin padres (...). Y dejan solos a los pequeños y a los jóvenes» (AL 176).* Debemos acompañar a estos niños que *«son víctimas inocentes de la situación» (AL 245).* Este «abandono afectivo» les genera «heridas profundas» (AL 263) por lo que abandonarlos, ni mucho menos los podemos abandonar por segunda vez. Debemos acompañarlos de una forma real y poner todos nuestros medios; pero si empezamos acompañarlos, no podemos quedarnos a medias. En este caso, y en las situaciones complejas de la pastoral familiar en general, nos falta formación: a los presbíteros, a los seminaristas y a los agentes de pastoral familiar.

CONCLUSIÓN

A la luz de lo expuesto, podemos concluir que, ante el reto que plantea nuestra sociedad para la educación, la Iglesia nos recuerda las palabras del Señor

«ánimo no tengáis miedo» e «id y anunciad el evangelio a todos los hombres». Y este anuncio se concreta en el envío a transmitir la fe a los hijos, sabiendo que es el testimonio de los padres con la ayuda y la fuerza de la comunidad el que abre la puerta para tener una experiencia vital de encuentro con personal con Cristo vivo. Los grandes santos han nacido, generalmente, en el seno de familias profundamente cristianas. Es un hecho que en los países donde la fe ha sido perseguida durante mucho tiempo, ésta se ha conservado y transmitido por el ministerio de los padres. Por tanto, no nos cansemos de crear un ambiente de familia animado por el amor, por la piedad hacia Dios y hacia los hombres, que favorezcan la educación íntegra personal y social de los hijos. La familia es la gran esperanza para esta humanidad y la gran escuela de humanismo y de verdad que necesita nuestra sociedad.